

Lovesong

José Ramón Ruisánchez

En este relato, José Ramón Ruisánchez entabla un desafío amoroso con una mujer enigmática, donde Boston se erige como un escenario pleno de resonancias simbólicas e intertextuales, y donde el duelo entre el sentimiento y la inteligencia se funden para otorgarnos el placer supremo de la ficción.

I

Cuando digo Boston no siento frío. Aunque la tarde en que llegué llovía con furia y, a pesar de la gabardina, para cuando encontré la hermosa casita victoriana junto al Charles no sólo estaba empapado sino profundamente triste.

Éste es mi primer retrato para ti, Sara: un hombre que baja del T cargando dos maletas y se moja.

Nunca he sido amigo de los paraguas. Y aún me queda demasiado pelo para frecuentar las sombrererías. Sin embargo sé mi talla y comienzo a interesarme. Los panamás se hacen en Ecuador ¿lo sabías? Si algún otro junio regresara a Boston, llevaría a pesar de todo, paraguas y no tomaría el T, sino un taxi desde Logan.

Do I dare to eat a peach? Sí, claro que me atrevo pero, como los sombreros y ciertas comodidades elementales, el verso ya no me resulta indiferente ni lejano ni extraño. ¿Te gusta Eliot, Sara? Supongo que te parece obvio. Pero yo nací en otra parte. A mí se me apareció en un libro que nadie me regaló, que no me habían recomendado; Eliot se me apareció entre otros nombres que, entonces, me resultaban igual de vagamente conocidos, dulces como el sonido de las letras de una ciudad en la que nunca has estado: Boston, por ejemplo, que antes de vivirla me sonaba gélida, donde no imaginaba ese dulce tranvía al que debes decirle T.

II

El segundo es un retrato de grupo, Sara.

Por mucho que mi llegada te pudiera dar una impresión melancólica, cuando recuerdo el verano de

Boston no son sólo los desbocados calores del clima lo que me puebla el cuerpo —y mi sudor y el color de la vida tras unos nuevos lentes oscuros, que a diferencia de los paraguas me encantan aunque los pierdo irremisiblemente, y el olor de la crema que usaba: limpia y leve pero tenaz, y el sabor a canela química del cereal que comía en las mañanas, cada mañana— sino, sobre todo, una sensación de estar casi siempre acompañado. Acompañado y feliz.

Y esto es inhabitual. Porque suelo vivir en diferentes soledades. Tengo amigos que me recomiendan libros, con los que de vez en cuando bebo y me río mucho. Tengo amigos pero mis amigos, sobre todo saben guardarse, me dejan extrañarlos, nos dejamos siempre que nos suceda lo suficiente como para que al reunirnos haya mucho que contar. Vivo muy solo, pero en Boston, ese verano casi nunca dejé de estar con ellos.

Pero déjame decirte de mi gente bostoniana. Ninguno, por cierto nacido en la ciudad. Prefiero, sobre el detalle de una amistad que fue surgiendo, su ser completa. Qué importa si primero me reconoció Ignacio de alguna gira en la provincia, cuando él era parte de mi joven público y yo sentía que nada iba a cambiar jamás. Qué importa si Paola se hizo mi amiga en un café o si Paula me caía mal al principio y luego casi nos enamoramos.

Lo que importó fue cocinar juntos nuestros mejores esfuerzos y bailar en la cocina y ver películas que daban una sola noche en cines apartados y buscar entradas imposibles para partidos de béisbol y sobre todo aliarnos incondicionalmente: nos inventamos enemigos feroces en las otras casas victorianas, pero sobre todo en Cambridge, al otro lado del río Charles.

Supongo que no tengo que explicarte esta rivalidad a ti, que fuiste a Yale. Pero para mí era un juego recién inventado, porque en el lugar de donde vengo sólo hay una gran universidad y a ésa va todo mundo, Sara.

Y claro, divago un poco pero así es tu máquina y, como en tu máquina, se puede llegar, con paciencia, el caos es sólo un orden otro. Hacia allá voy.

Mientras, mira a los cuatro inseparables. Paula y yo somos de la misma edad, Paola es más joven que nosotros pero mayor que Ignacio. Ignacio no sabe dormir y lee toda la noche tomando dosis despiadadas de coca-cola. Pero a pesar de ser tan joven en realidad es nuestro guía. Ha estado antes en Boston y con su memoria prodigiosa nos va desenmarañando todos los caminos: desde el muelle hasta el estadio de béisbol, a tiendas de discos que no se editan más, a librerías de nuevísimo y de viejo, a restaurantes magníficos de pescado y marisco, griegos, tabernas irlandesas y desde luego aunque sin saberlo a ti, Sara.

III

Supongo que poca gente puede entender como tú este tercer retrato. Porque está hecho a la manera en que haces los tuyos. Es una pieza de tu máquina. Tu máquina que no es sino una larga biografía, Sara (lo supe siempre) y por eso guardo mi tarjeta vencida y verde del Fleet. Ese banco que, me parece, ha dejado de existir.

Durante tres años que no puedo contarte aún porque están en otra máquina, me depositaron los dineros de mi beca en una tarjeta de débito de Fleet. Era una monserga porque en mi ciudad no había cajeros de su banco y cuando pagaba en las tiendas, miraban con suma desconfianza esa tarjeta tan monocromática, sin logotipo de visa o mastercard además.

En Boston, en cambio, había cajeros del banco por todas partes, había anuncios del banco, había un gran espacio para conciertos con el nombre del banco donde ese verano cantó Norah Jones, había y, esto es lo que importa, un intercambio con el Museum of Fine Arts: los clientes de Fleet podían entrar sin pagar. Y acaso lo que guardo es esa diferencia mínima, no los dólares ahorrados sino el regreso.

Pero me estoy adelantando. Al museo —como a la playa, como a las conferencias, como al Commons— fui con mis amigos. Y nos burlamos de la colección estadounidense del siglo XIX, de los muebles por muy

salidos del taller de Thomas Chippendale que fueran; del mismo modo que gozamos del resto del museo. Pero como sus tarjetas no eran verdes, y Boston, ya lo sabes, no es barata, no quisieron regresar conmigo. Y entonces la tarjeta verde de un banco que no existe es mi regreso solitario.

IV

Pero quiero mostrarte antes nuestro primer retrato juntos, Sara.

Me gustaste mucho desde esa vez. Pero los grupos imponen su prisa, su hambre, su hartazgo. Me gustaste, pero la primera vez hay que verlo todo, y sólo más tarde regresar. Además teníamos todo el verano. Y la película empezaba temprano. Además debíamos comprar boletos para el concierto. No el de Norah Jones en el Fleet Pavillion sino el de Suzanne Vega en un pequeño bar llamado Paradise.

A Suzanne Vega la oía de niño y me daba tristeza, incluso en sus canciones alegres. Que tocaba en Paradise lo descubrí con Ignacio del modo como te fui encontrando a ti, por el acierto de un error: íbamos al súper en el T y nos bajamos una parada antes de tiempo. No importaba porque ¿recuerdas?, si uno se aleja del centro, el tranvía es gratis. Bajamos y ahí estaba Suzanne en la pared. Como un regalo.

Pero divago y divago.

Fuimos a Suzanne Vega como es inevitable ir a todo —y comprar todo y leer todo o por lo menos sentirse sumamente culpable de no leer todo— con Ignacio.

Y luego, a la lenta mañana siguiente, después de muchas cervezas emocionadas regresé solo a verte. Lo hermoso es regresar. A los museos, a Boston con la memoria, a ti, Sara, que me estabas esperando.

Enseñé mi tarjeta verde y ya sólo me dirigí con el lujoso paso lento de la cruda sin prisas a ver lo que me interesaba. Nunca compro postales. Stendhal dijo que si uno compra una reproducción, se olvida del original. Supongo que debe estar en Platón por algún lado. A mí me lo dijo Ignacio, que estaba leyendo *Vertigo* de Sebald, y se reía porque a él le parecía muy lindo comprar una camiseta con el Rembrandt robado del Isabella Stewart Gardner Museum, donde ya no estaba y donde no estabas tú. “Total ya el original nunca voy a verlo”. ¿Conoces el poema de Updike sobre esos cuadros robados? Otra vez te diré el poema. Ahora déjame decirte a ti.

Me apresuro y regreso junto a ti,
junto a todo lo que no eres.

Releí la ficha técnica. Site specific, decía. Hecho para el lugar. Temporal decía. Tu máquina tierna ocupaba una gran parte del vestíbulo. Y en mi recuerdo la sigue ocupando: no quiero regresar al museo y ya no encontrarte, no quiero regresar al museo y que mi tarjeta verde esté vencida. No quiero regresar a pensar qué habrá pasado con todos esos trozos de tu vida, aquello que estuvo contigo los meses que te tomó armar el proyecto; no lo quiero pensar tampoco en una bodega, esperando el momento de tu gloria o de tu muerte para volver a aparecer otros pocos días, Sara.

A la gente lo que más le gusta de tu máquina son las partes móviles. Esos paneles fotoactivados que animan los cadáveres de los bolígrafos que usaste o un peine que ya no te toca el pelo. Y entre todas las partes móviles la gente prefiere el péndulo suspendido a pocos centímetros del piso, que es como una brújula y como una ouija y, al mismo tiempo, es también un aparato de hipnosis que nos hace olvidar la infinita complejidad de las causas.

Y entonces mi retrato contigo: cansado y afónico por cantar a Suzanne Vega, recorro toda tu máquina y trato de mirarlo lo inmóvil, la estructura donde has colgado los objetos que acompañaron un fragmento de tu vida. Te admiro porque no hay estructura. Son las

cosas mismas las que sostienen a las cosas; ese censo de objetos banales producen tu biografía. Te canto con una voz mental: *If you want me, you can find me, left of center, wandering about you.* Y Suzanne Vega, que en la noche me emocionó, me vuelve a decir algo distinto al final de la mañana.

Pero ese día tampoco acabo de comprender. *I dare not bring the moment to its crisis.*

v

A mis amigos les hablo de ti en la playa. Esa playa que cuando la visitamos una tarde sin sol parece Nueva Inglaterra y cuando regresamos una mañana de sábado y pleno verano se convierte en Veracruz. Pero Veracruz seguro no conoces. Y no te la puedo dar en este momento.

Por ahora, te doy éste, el retrato de los fantasmas. La tarde que la playa está casi desierta y nos sentamos los cuatro en un tronco blanqueado por la impaciencia del mar a mirar a un muchacho que le enseña a bailar merengue a dos muchachas. Paula, que baila mejor que nadie, dice que no es merengue sino salsa. La única



Cambridge a las afueras de Boston



Ciudad de Boston, Massachusetts

música es el mar. Nadie les toma una foto y en mi recuerdo es merengue.

Como sólo somos amigos y nadie se enamora de nadie, hablamos mucho de otras personas. Ignacio cuenta de una novia salvaje a la que tuvo que sacar tres veces de la cárcel, Paola del esposo enfermo que no va a ver en todo el verano, Paula del tipo que la dejó pagando una hipoteca y la comida de dos pastores alemanes insaciables. Yo podría contarles de la tayijistana que una vez me dijo “A mi papá le va a entusiasmar tu circuncisión”, pero prefiero hablar de ti, Sara. Y mis tres amigos, que me quieren profundamente y que además han visto la máquina de tu vida, deciden que soy un tonto. Pero les da mucha curiosidad saber, de cualquier modo, cómo te imagino.

No la imagino, digo, sólo puedo ver su vida.

VI

No quiero cansarte, Sara, aunque me gustaría tanto y tanto llevarte a pasear por nuestro Boston para que después puedas decirme si a ti también te gusta Beacon Street o el Commons, si conociste el pequeño antro de jazz en Woodland, donde no paraban de tocar toda la noche, siempre hot, o si también te dio mucho miedo la sede de los científicos cristianos.

Pero temo cansarte sin llegar a este retrato. Así que me apresuro y regreso junto a ti, junto a todo lo que no eres. Lo que fuiste usando aquí y en otras partes. Recorro de nuevo tu máquina, fingiendo que observo los detalles,

cuando en realidad estoy oliendo. Quiero saber si lavaste estas cosas antes de unirlas para reservarte algo, como te reservaste, por ejemplo, lo más obvio: tu fotografía.

Y ahí estoy, con mi larga nariz mediterránea, acaso de ancestros criptojudíos, haciendo como si el miope que soy no trajera los lentes que trae.

Claro, sólo cuando tengo los ojos más distraídos se me aparece el pequeño frasco de plástico color ladrillo y tapa anaranjada, en el que la farmacia llenó tu receta de Halcyon. Al principio me conmueve como me han conmovido otros objetos: las plumas de pájaros urbanos, las hojas de ciertos cuadernos evidentemente inapropiados para una artista plástica, la casi ausencia de fósiles de maquillaje, los poquísimos boletos de cine, los últimos tokens del metro de Nueva York.

Me conmueve después porque el insomnio se vuelve parte de esa máquina vida que siempre había visto como un catálogo diurno. Tu insomnio me conmueve porque es compartido.

Aunque habitualmente duermo bien, en la hermosa casa victoriana no hay aire acondicionado y es imposible acostarse antes de las cuatro de la mañana. Ignacio está acostumbrado; toma sus litros de coca-cola y lee todo: teoría crítica, pornografía, buena y pésima novela. Los demás hacemos lo que podemos; paseamos junto al río, tratando de evitar las ratas gigantes a las que nunca asusta nada, consumimos litros de helado, bailamos junto al refrigerador abierto.

Sonrío porque eres un fantasma que está con nosotros, un ángel que no cuida ni descuida a nadie, un ángel de las madrugadas. Y luego (¿cuándo acabamos de verlo todo?) me doy cuenta de que la etiqueta no sólo incluye el nombre de las pastillas sino también el tuyo. Tu nombre y tu dirección en Nueva York. Es una de esas calles ahora tan chic del Lower East Side.

VII

Mi último retrato no es en Boston. Sino casi dos años después. Cuando alguien cita a Eliot en un bar y a la mañana siguiente salgo a mi jardín por primera vez en toda la primavera a escribirte esta carta.

Soy lento pero al fin entiendo que tu máquina también era una carta.

¿Quieres ir al cine? ¿Quieres compartir insomnios? No sé si todavía estoy a tiempo, Sara.

Si lo estoy, sólo te pido que disculpes mi atroz tardanza. Si no, si alguien entendió antes que yo, imagina que esta carta no llegó jamás, que era la voz de un fantasma, el eco del mar, rumor de alguien que leía poemas en voz alta y cantaba las canciones de su infancia y quiso saber un poco de tu vida. □